



Espasa, Andreu.
Estados Unidos en la Guerra Civil española.
Madrid: Catarata, 2017, 271 pp.

Cristian Garay Vera

Universidad de Santiago de Chile

Con prólogo de Aurora Bosh, autora de *Miedo a la democracia. Estados Unidos y la Guerra Civil española* (Barcelona, Crítica, 2012) se presenta este libro del profesor barcelonés, radicado en México, Andreu Espada. Se trata de un escrito contundente, en el que la revisión de los archivos es también compulsada y afrontada desde una ingente bibliografía, con la que el autor discute o ratifica. El objeto de estudio es un actor colectivo, donde hay más que el Estado: desde asociaciones políticas y religiosas hasta grupos de ayudas humanitarios (quizás faltó una nota acerca del papel de los cuáqueros en la reubicación de republicanos en Sudamérica). Es un monumental friso, donde desfilan además de diplomáticos, senadores y representantes, lobbistas, eclesiásticos, activistas y políticos de todas las gamas.

Diría que hay dos cuestiones que el autor desarrolla de forma sistémica para explicar la posición de Estados Unidos. Primero, la comprensión del establishment como un grupo privilegiado, anticomunista, sensible con los valores de los Padres Fundadores,

progresista, pero con restricción y con matices de pronto antisemitas y ambivalente con la vieja Europa. Críticamente anglófilos, rasgos que se acentuaron con la Ley Rogers de 1924 respecto de la formación de diplomáticos (pp. 21-26). En este sentido, “aislacionismo”, nos señala Espasa, es un concepto polisémico, ya que abarca desde aquellos que declaraban un cierre a cualquier asunto europeo; otros que conceptuaban el rechazo a la guerra; o que culpaban a la industria armamentista de toda guerra; y pacifistas militantes. Y aislacionismo quería decir también “América para los americanos”, pues ese era su área de esfera inmediata, en la que los matices desaparecían (pp. 110-11) lo que explica porque Roosevelt reflota la “Política del Buen Vecino” de Hoover el 4 de marzo de 1933.

La segunda, el peso de la política doméstica. No hay correlación entre clase obrera y causa republicana, ni entre republicanos y demócratas (p. 143). Más allá de los interesantes datos acerca de comunistas y socialistas estadounidenses (los sindicalistas estuvieron bastante ausentes del panorama), lo que domina es la discrepancia interna de los demócratas. En efecto, los demócratas del Sur -fueron bastante incisivos en asociar a la República española con los comunistas: la Brigada Abraham Lincoln era el referente de estas objeciones (p. 172), aunque no hubo éxito en prohibir el reclutamiento en suelo de Estados Unidos, menos que después de la batalla de Jarama (1937) muchos de ellos dejaron sus vidas ahí. Por otro lado, la combinación demócratas del Sur + el lobby católico, sobre todo entre poblaciones de origen europeo en el Partido Republicano (italianos, irlandeses) fue importante para una posición adversa a los republicanos españoles.

Igualmente, relevantes fueron la Iglesia Católica, la iglesia Episcopaliana, y Texaco, el gigante petrolero que vendió petróleo a crédito cuando solo podía hacer al contado (pp. 49-50). Las campañas desde las Iglesias rivales, Católicos y Episcopalianos, en marzo de 1938 son, sin duda, de las más interesantes indagaciones que se han hecho desde la historiografía. Espadas retrata además, con conocimiento, el papel de los lobbistas en el tema. Sus campañas e intervenciones para conseguir apoyos, y sus espacios en los medios de comunicación.

Desde luego ningún panorama podría quedar completo sin el conductor político, Franklin D. Roosevelt. Su política, independiente de sus simpatías, estaba condicionada por el prestigio de la política de aislamiento y anti armamentos. En este sentido el embargo de armas era la herramienta perfecta para que el argumento simplista que las

guerras las provocaban las armas y no los hombres (como el alcohol y el vicio durante la Prohibición). También es cierto, como recalca Espadas, que no había un protocolo de qué pasaba cuando ese enfrentamiento era civil e implicaba el reconocimiento de la beligerancia. En tierra movediza, Roosevelt implementó las medidas de embargo para limitar el conflicto, y sus ideas sobre el intervencionismo nunca fueron más que vaguedades fuera del contexto de un pueblo que no quería otra guerra mundial. De hecho, Espadas subraya que el apoyo a la República española se hizo bajo la idea de la democracia, pero en el ambiente de rechazo al recuerdo de la I Guerra Mundial (pp. 52-53).

¿Podía hacer más? Esto es parecido al comentario del embajador Bowers, bien conocido por los chilenos, que él había sido un temprano antifascista. En verdad no, Bowers estaba por limitar el tema de las armas, y luego lentamente se decantó por simpatía activa por la república. Pero el 36 no hubo nada parecido a un clarividente antifascista: nosotros que hemos visto documentos de Bowers sobre Chile y advertimos la duplicidad entre lo que reportaba y lo que decía o escribía en público: era un estándar en su conducta. Mal que mal, el siguiente destino de Bowers fue Santiago de Chile, y es bien conocido su estilo.

Roosevelt no estaba dispuesto a un mayor esfuerzo hasta que la amenaza alemana y japonesa empezó a hacer ostensible, y el mismo dio inicio al rearme naval. Ese rearme se veía como defensivo, si bien abarcaba como parte de su seguridad todo el continente americano y no solo su país. Significativamente, el 70% de los estadounidenses creía que “Hitler intentaría controlar los países de América del Sur” (p. 111). De modo, que América Central y de Sur fue parte del reequipamiento naval que sobrevendría después, cuando ya se acercara el ataque japonés. En este sentido, la campaña del influyente republicano Henry L. Stimson fue mucho más enérgica que la suya propia, y fue contenida –no apoyada– por el secretario de Estado, Corder Hull.

A pesar de esta multiplicidad de actores, es el Estado el que llevaba la batuta en las relaciones con una España dividida, en la cual había algo más de simpatía por los republicanos españoles. Quizás el episodio que mejor lo ilustra es la discusión entre Eleanor Roosevelt y Churchill, mientras ella insiste en apoyar a los republicanos españoles, el político conservador le dice que, si gobernaron en sus países, serían las primeras víctimas. El enfado mutuo siguió a esta discusión (p. 235-236).

Estados Unidos veía el conflicto en función de intereses propios, luego de sus aliados en Europa, y finalmente en relación al concierto internacional. Y en ellos parece la preocupación por el avance del fascismo, y por las implicaciones de los contingentes alemanes e italianos en España. También en cierta forma por la situación de China frente a Japón, También de sus propias dudas acerca de qué utilidad podía tener un apoyo activo a pesar del papel de los franceses.

En suma, la decadencia de la posición pro Republica española se produjo por el imperio de los hechos antes que por las convicciones. Aunque en 1938 hubo un giro anímico en favor de la Republica, fue también el momento en que la posición del gobierno republicano se empieza a hundir, al tiempo que la repulsa a la presencia de los italianos, al bombardeo de Guernika y los fusilamientos de católicos vascos dan un vuelco en la opinión pública. Y es la fuerza de los acontecimientos la que empieza a mover las piezas para futuros encuentros con los insurrectos, siempre de modo no oficial como se estila en esos casos.

Entre 1938 y 1939 México aparece como un actor que suscita reticencias con sus políticas de nacionalización y los contactos de Cárdenas con el Eje. En el patio trasero, si el activismo se justifica, y cuando el general Saturnino Cedillo intenta en 1938 hacer un golpe, las preocupaciones de Estados Unidos se centran en impedir el avance de las potencias del Eje en Latinoamérica. Entonces, se privilegia el tema del nazismo en América Latina (especialmente Brasil y Argentina) gracias a Gardner Jackson y Breckinridge Long, y pierde importancia el tema de la Guerra Civil española, que estaba en un continente distante.

En definitiva, para el autor las razones estratégicas son más fundamentales que las simpatías ideológicas, pero puntualiza que las convicciones tienen un lugar e importancia, no solo en las relaciones mutuas sino en el imaginario (p. 247). En definitiva, Estados Unidos miró el conflicto como una gran potencia, que a pesar de las simpatías se sometía a la utilidad. También debía mirar las posiciones de británicos y franceses, claramente no congruentes, y el interés por añadir a Italia a los interesados en frenar a Hitler. Chamberlain en 1938 aceptaba la victoria franquista si los italianos se marchaban de España (p. 157). Hubo partidarios de la ayuda directa a la Republica española, véase Norman Thomas y Gerald P. Nye, que eran contrarios a auxiliar a Gran Bretaña frente a Alemania (p.

238). Por otro lado, el anticomunismo demócrata del Sur (los dixiecrats o Southern Bourbons), tanto o más que el catolicismo, frenó las miradas activamente solidarias, ya que los representantes pro República española en Estados Unidos fueron derrotados en las elecciones de 1937, justo cuando el péndulo de las simpatías se acrecentaba y se volvía dominante en 1939 en Estados Unidos. Razones geopolíticas de proteger el patio trasero, relegaron la importancia del caso español, porque el problema inmediato era el fascismo, como decía el republicano Henry L. Stimson (p. 247). Y esto era porque la República ya estaba cayendo, aunque en 1939 Roosevelt estaba decantado por la causa republicana. En las horas finales, lo que exigió Estados Unidos fue humanitarismo con los derrotados (p. 228), cuando se veía que la mano vendría dura y eso explica la reacción más fuerte de Estados Unidos tras la derrota del Eje con España.